

primer período, mientras la teocracia organiza la Europa, mientras que el Vaticano reúne y clasifica alrededor de sí los elementos de una Roma formada de la Roma que yace derruida en torno del Capitolio; mientras que el cristianismo vá buscando entre los escombros de la civilización anterior todos los pisos de la sociedad y reconstituye con sus ruinas nuevo universo gerárquico, cuya clave es el sacerdocio, se oye primero germinar en aquel caos, despues se vé poco á poco, al soplo del cristianismo y por la mano de los bárbaros, surgir de las ruinas de las arquitecturas griega y romana, arquitecturas muertas, la misteriosa arquitectura bizantina, hermana de las construcciones teocráticas del Egipto y de la India, emblema inalterable del catolicismo puro, inmutable y geroglífico de la unidad papal.

El pensamiento de aquella época está escrito todo él con el sombrío estilo bizantino; expresa todo él la autoridad, la unidad, la impenetrabilidad, el absolutismo de Gregorio VIII; en todas partes se vé al sacerdote, en ninguna al hombre; siempre la casta y nunca el pueblo. Pero llegan las Cruzadas, que fueron un gran movimiento popular, y todo gran movimiento popular, sea cuál fuere su causa y su objeto, desprende siempre de su último precipitado el espíritu de libertad. Aparecen en el mundo grandes novedades. Se abre el período tempestuoso de las Jacqueries, ó sea de las ligas y de las asociaciones. La autoridad flaquea, la unidad se bifurca; el feudalismo quiere partir el poder con la teocracia, mientras llega el pueblo, que inevitablemente llegará y que, como el león, tomará para sí la mejor parte, *quia nominor leo*. El señorío se abre paso entre el sacerdocio y los concejos entre el señorío feudal. Se cambia la faz de Europa; la faz de la arquitectura se cambia también. Como la civilización, ella vuelve la hoja, y el espíritu nuevo de los tiempos la encuentra dispuesta á escribir lo que él la dicte. La arquitectura vuelve de las Cruzadas con la ojiva, como las naciones con la libertad. Entonces, al paso que Roma se desmembra poco á poco, la arquitectura sajona muere. El geroglífico desierta de la catedral y vá á blasonar el castillo para dar prestigio al feudalismo; la catedral, edificio antes tan dogmático, invadido sucesivamente por el estado llano, por el comun y por la libertad, se escapa del sacerdote y cae en poder del artista, y el artista la

construye á su gusto: al misterio, al mito y á la ley, suceden la fantasía y el capricho. Con tal de que el sacerdote tenga su basilica y su altar, no debe quejarse; las paredes pertenecen al artista. El libro arquitectónico no es ya propiedad del sacerdocio, ni de la religion, ni de Roma; pertenece ya á la imaginación, á la poesía y al pueblo, y de aquí provienen las rápidas é innumerables transformaciones de aquella arquitectura que solo tiene tres siglos tan sorprendentes, despues de la inmovilidad estancada de la arquitectura bizantina, que cuenta seis ó siete. El arte entre tanto marcha á pasos de gigante. El génio y la originalidad populares hacen lo que hacian los obispos. Cada raza, al pasar, escribe su línea en el libro, tacha los antiguos geroglíficos en el frontispicio de las catedrales, y apenas se vé de vez en cuando sacar la cabeza al dogma por el nuevo símbolo que le cubre; el ropaje popular deja adivinar apenas la armazon religiosa. Difícil es tener idea de las licencias que se toman los arquitectos, hasta con la Iglesia; ya la adornan con capiteles llenos de frailes y de monjas vergonzosamente apareados, como en la sala de las chimeneas del palacio de Justicia de Paris; ya representan la aventura de Noé esculpida *con todas sus letras*, como en la gran portada de Bourges; ya esculpen un fraile borracho, con orejas de asno y con el vaso en la mano, riéndose en las narices de toda la comunidad, como encima del altar de la abadía de Bocheville. Existia en esa época para el pensamiento escrito en piedra un privilegio comparable á la libertad actual de imprenta, y era el de la libertad de la arquitectura. Esta libertad se extremó mucho en ocasiones; algunas veces una portada, una fachada, una iglesia entera presentaban un sentido simbólico absolutamente extraño al culto y hasta hostil á la Iglesia. En el siglo trece Guillermo de Paris, y en el quince Nicolás Hamel, escribieron esas páginas sediciosas. Saint-Jacques de la Boucherie era una iglesia de oposicion.

El pensamiento entonces solo era libre de este modo: Escrito en los libros de piedra llamados edificios: bajo la forma de manuscritos, le hubiera quemado en la plaza pública la mano del verdugo, y si así se hubiese atrevido á presentarse, el pensamiento fachada de iglesia hubiera presenciado el suplicio del pensamiento libro. No teniendo más que

aquella forma para publicarse, se asíó á ella, y de esto provino la inmensa cantidad de catedrales que cubrieron la Europa. Las fuerzas materiales y las fuerzas intelectuales de la sociedad convergían en el mismo punto, en la arquitectura, y so pretexto de edificar iglesias para el culto de Dios, el arte se desarrollaba en proporciones magnificas.

El que entonces nacia poeta se dedicaba á arquitecto. El génio esparcido en las masas, comprimido por todas partes, bajo el feudalismo como bajo un *testudo* de broqueles de bronce, desembocaba por este arte, y sus ilidades tomaban la forma de catedrales. Las demás artes obedecían y se disciplinaban á la arquitectura; eran obreras de la gran obra. El arquitecto, el poeta, el maestro totalizaba en su persona la escultura que le cincelaba las fachadas, la pintura que le iluminaba los vidrios, la música que daba movimiento á las campanas y soplabá los órganos; hasta la pobre poesía, propiamente dicha, que se obstinaba en vegetar en los manuscritos, se vió obligada, para ser algo, á amoldarse al edificio bajo la forma de himno ó de *prosa*; á hacer el mismo papel, despues de todo, que representó en las tragedias de Esquilo, en las fiestas sacerdotales de la Grecia y en el Génesis en el templo de Salomon.

La arquitectura, pues, fué hasta Gutenberg la principal escritura, la escritura universal. En su libro granítico, que empezó el Oriente y continuó la antigüedad griega y romana, la Edad Media escribió la última página. El fenómeno de la arquitectura del pueblo sucediendo á la arquitectura de la casta, que acabamos de observar en la Edad Media, se reproduce en todo movimiento análogo en la inteligencia humana en las otras grandes épocas de la historia. Presentaremos ejemplos para no enunciar aquí más que sumariamente una ley que necesitaria volúmenes enteros para desarrollarse. En el alto Oriente, cuna de los tiempos primitivos, despues de la arquitectura india viene la arquitectura fenicia, madre opulenta de la arquitectura árabe; en la antigüedad, despues de la arquitectura egipcia, de la que solo son una variedad el estilo etrusco y los monumentos ciclópeos, la arquitectura griega, cuyo estilo romano solo es un prolongamiento recargado de la bóveda cartaginesa; y en los tiempos modernos, despues de la arquitectura bizantina, la arquitectura gótica. Desdo-

blando las tres séries, se verá que las tres hermanas primogénitas, la arquitectura india, la egipcia y la bizantina, tienen el mismo símbolo; es decir, la teocracia, la raza, la unidad, el dogma, el mito, Dios; que las tres hermanas segundas, la arquitectura fenicia, la griega y la gótica, tienen también la misma significacion, es su símbolo la libertad, el pueblo, el hombre.

Llámesese bramin, mago ó papa, en las construcciones indias, egipcias ó romanas siempre se vé al sacerdote y nada más que al sacerdote; no sucede así en las arquitecturas del pueblo; son más ricas y menos santas. En la arquitectura fenicia se vé el espíritu del mercader, en la griega el del republicano y en la gótica el del ciudadano.

Los caracteres generales de la arquitectura teocrática son la inmutabilidad, el horror al progreso, la conservacion de las líneas tradicionales, la consagracion de los tipos primitivos, la sumision constante de todas las formas del hombre y de la naturaleza á los caprichos incomprensibles del símbolo; son libros misteriosos que solo los iniciados saben descifrar, pero en ellos toda forma, más diremos, toda deformidad tiene un sentido que la hace inviolable. No pidais á las construcciones india, egipcia y bizantina que reformen su dibujo ó que mejoren sus estatuas; les está vedado dar un solo paso hácia la perfeccion: en dichas arquitecturas parece que la inflexibilidad del dogma difunda sobre la piedra una segunda petrificacion. Los caracteres generales de las construcciones populares son la variedad, el progreso, la originalidad, la opulencia y el movimiento perpétuo; están ya bastante separadas de la religion para pensar en su belleza, para cuidar y para corregir perpétuamente sus adornos de estatuas y de arabescos. Pertenecen al siglo; tienen algo de humano, que mezclan sin cesar con el símbolo divino, bajo el cual se reproducen todavía, y de aquí provienen los edificios penetrables para toda alma, para toda inteligencia y para toda imaginación, simbólicos aun, pero fáciles de comprender, como la naturaleza. Entre ésta y la arquitectura teocrática hay la misma diferencia que de una lengua sagrada á una lengua vulgar: la diferencia del geroglífico al arte y de Salomon á Fidias.

Reasumiendo sumariamente cuanto venimos indicando, deduciremos que la arquitectura fué hasta el siglo quince el

registro principal de la humanidad; que en todo ese transcurso de tiempo no apareció en el mundo un pensamiento algo complicado que no se grabase en un edificio; que lo mismo las ideas populares que las ideas religiosas tuvieron sus monumentos; que el género humano, en una palabra, no pensó nada importante que no lo escribiera en piedra. Y por qué? porque todo pensamiento, sea religioso ó sea filosófico, está interesado en perpetuarse, porque la idea que agitó á una generacion quiere agitar á otras y dejar huellas de su paso. Era inmortalidad muy precaria la del manuscrito, y un edificio es un libro mucho más sólido, más durable y más resistente. Para destruir la palabra escrita basta una tea y un turco; para destruir la palabra construida se necesita una revolucion social ó una revolucion terrestre. Los bárbaros han pasado sobre el Coliseo, y el diluvio ha pasado tal vez sobre las pirámides.

En el siglo quince todo cambia.

El pensamiento humano descubre un medio de perpetuarse, no solo más duradero y más resistente que la arquitectura, sino tambien más sencillo y más fácil; un medio que destrona á la arquitectura: á las letras de piedra de Orfeo van á suceder las letras de plomo de Guttenberg. *El libro vá á matar al edificio.*

La invencion de la imprenta es el mayor acontecimiento de la historia. Es la revolucion madre; es el símbolo de la expresion de la humanidad que se renueva por completo; es el pensamiento humano, que se despoja de una forma y adopta otra; es el cambio de piel completo y definitivo de la serpiente simbólica, que desde Adán representa la inteligencia.

Bajo la forma impresa el pensamiento es más imperecedero que nunca, más volátil, impalpable é indestructible, porque se mezcla con el aire. En los tiempos de la arquitectura se hacia montaña y se apoderaba de un siglo y de un sitio; ahora se hace bandada de pájaros, que se esparce á los cuatro vientos y ocupa á la vez todos los puntos del aire y del espacio.

¿Quién no comprende que de este modo el pensamiento es más indeleble? De sólido que era se ha convertido en vívido, pasando de la duracion á la inmortalidad. Se puede derribar una mole, pero cómo extirpar la ubicuidad? Viene un diluvio, y cuando las montañas hayan ya desaparecido debajo de las olas, los pájaros volarán aun, y si una

sola arca flota en la superficie del cataclismo, se posarán sobre ella, sobrenadarán con ella y asistirán con ella al descenso de las aguas, y el nuevo mundo que salga de ese caos verá al despertar- se cernerse sobre él, alado y vivo, el pensamiento del mundo sumergido.

Cuando se examina que ese sistema de expresion es, no solo el más duradero, sino el más sencillo, el más cómodo, el más practicable de todos; cuando se piensa que no trae colosal bagaje ni ocupa grande espacio; cuando el pensamiento, que se vé obligado, para traducirse en un edificio, á poner en movimiento cuatro ó cinco artes y montones de oro, todo un bosque de madera, toda una montaña de piedra, todo un pueblo de trabajadores, se compara con el pensamiento que se hace libro y al que le basta un poco de papel, un poco de tinta y una pluma, ¿quién se ha de admirar de que la humanidad abandone la arquitectura por la imprenta? Cortad bruscamente el lecho primitivo de un rio ó de un canal abierto debajo de su nivel, y el rio desertará de su cauce.

Así es que se vé que desde el descubrimiento de la imprenta la arquitectura se deseca poco á poco, se atrofia y se despoja. Se conoce que el agua baja, que la savia desaparece y que el pensamiento de los tiempos y de los pueblos se retira de ella. La degeneracion es casi insensible en el siglo quince; la prensa es demasiado débil aun, y chupa solo de la poderosa arquitectura la superabundancia de vida. Pero desde el siglo diez y seis es visible la enfermedad de la arquitectura; no expresa ya bien á la sociedad, y se vé reducida á convertirse en miserable arte clásico; era gala, europea é indígena y se convierte en griega y en romana; era verdadera y moderna y se vuelve pseudo-antigua. A su decadencia se llamó el Renacimiento; decadencia magnífica, sin embargo, porque el antiguo génio gótico, aquel sol que se pone detrás de la gigantesca prensa de Maguncia, penetra todavia durante algun tiempo con sus últimos rayos por el hacinamiento híbrido de arcos latinos y de columnatas corintias. Es una puesta de sol que hemos tomado por aurora.

Desde el momento que la arquitectura solo es un arte como otro cualquiera, desde que no es el arte total, el arte soberano, el arte tirano, carece ya de fuerza para detener á las demás artes, y se emancipan, rompiendo el yugo del arquitecto, y se van cada una por su par-

te. Todos ganan con este divorcio. El aislamiento lo engrandece todo: la escultura se convierte en estatuaria, la iluminacion en pintura, el cánon en música, como un imperio que se divide á la muerte de su Alejandro y sus provincias se convierten en reinos. De esta division nacen Rafael, Miguel Angel, Juan Goujon y Palestrina, sublimes resplandores del siglo diez y seis.

Al mismo tiempo que las artes, el pensamiento se emancipa por todas partes. Los heresiarcas de la Edad Media habian hecho profundas mellas en el catolicismo. El siglo diez y seis rompe la unidad religiosa. Antes de la imprenta la reforma solo hubiera sido un cisma; la imprenta lo convierte en revolucion; sin la imprenta la herejía se hubiera enervado. Que este hecho sea funesto ó providencial, siempre será Guttenberg el precursor de Lutero.

Cuando se eclipsa por completo el sol de la Edad Media, á medida que el génio gótico se extingue en el horizonte del arte, la arquitectura se marchita, perdiendo el color y consumiéndose poco á poco. El libro impreso, gusano roedor del edificio, la chupa y la devora, y ella se deshoja y enflaquece visiblemente, y es mezquina, pobre y nula, y no expresa nada, ni aun el recuerdo de arte de otros tiempos. Reducida á sí misma, abandonada de las otras artes, porque el pensamiento humano la abandona, recurre á albañiles á falta de artistas; el vidrio blanco sustituye al vidrio pintado; el picapedrero al escultor, y de este modo desaparece la savia, la originalidad, la inteligencia y la vida. Se arrastra, miserable mendiga del arte, de copia en copia. Miguel Angel, que desde el siglo diez y seis la veía acaso morir, le ocurrió la última idea, idea de desesperacion: aquel Titán del arte hacinó el Panteon sobre el Parthenon é hizo el San Pedro de Roma; obra inmensa, que merecia ser única, última originalidad de la escultura, la firma de un artista gigante al pié del colosal registro que terminaba. Muerto Miguel Angel, ¿qué hace esa miserable arquitectura que se sobrevive á sí misma en el estado de espectro y de sombra? Toma el San Pedro de Roma y le calca y le parodia; verdadera manía que dá lástima. Cada siglo tiene su San Pedro de Roma: en el siglo diez y siete el de Val de Grall, en el diez y ocho el de Santa Genoveva. Cada pais tiene su San Pedro de Roma: Londres y San Petersburgo tienen el suyo; Paris

tiene dos ó tres: testamento insignificante, última chochez de un arte que recae en la infancia antes de morir.

Si en vez de los monumentos característicos que acabamos de mencionar, examinamos el aspecto general del arte desde el siglo diez y seis hasta el siglo diez y ocho, observaremos los mismos fenómenos de decadencia y de tisis. Desde Francisco II la forma arquitectónica del edificio se vá borrando más cada dia y dejando entrever la forma geométrica, como la caja huesosa al enfermo flaco. A las hermosas líneas del arte suceden las frias é inexorables líneas del géometra; el edificio ya no es edificio, es un poliedro. La arquitectura se esfuerza en vano por ocultar su desnudez; el frontis griego se inscribe en el frontis romano y viceversa; siempre el Panteon en el Parthenon, siempre se reproduce San Pedro de Roma. Ved las casas de ladrillo de Enrique IV con esquinas de piedra, la plaza Real, la del Delfin. Ved las iglesias de Luis XIII, pesadas, rechonchas, rebajadas, cargadas con un cimborio, como con una joroba. Ved la arquitectura mazzarina, el ridículo *pastucho* italiano de las Cuatro-Naciones. Ved los palacios de Luis XIV, que son largos cuarteles para cortesanos, sérios, glaciales, fastidiosos. Ved, en fin, los edificios de Luis XV con las escarolas y los fideos y todas las verrugas y laeras que desfigurán á la vieja arquitectura, ya caduca, sin dientes y coqueta. Desde Francisco II hasta Luis XV ha crecido el mal en progresion geométrica; al arte solo le queda ya la piel sobre los huesos y agoniza miserablemente.

¿Qué es entre tanto de la imprenta? Toda la vida que huye de la arquitectura se acumula en ella; á medida que la arquitectura termina, la imprenta se hincha y crece. El capital de fuerzas que el pensamiento humano gastaba en edificios lo gasta ahora en libros; y ya desde el siglo diez y seis la imprenta, puesta al nivel de la arquitectura, que vá degenerando, lucha con ella y la mata. En el siglo diez y siete ya es bastante victoriosa y bastante soberana para poder ofrecer al mundo la fiesta de un gran siglo literario. En el siglo diez y ocho, despues de descansar largo tiempo en la corte de Luis XIV, recoge la vieja espada de Lutero, arma con ella á Voltaire y corre intrépida á atacar á la antigua Europa, de la que ya ha matado la expresion arquitectural.

En el momento en que termina el si-

glo diez y ocho lo ha destruido ya todo: el siglo diez y nueve lo empleará en reedificar.

Y ahora preguntamos: ¿cuál de los dos artes representa realmente desde hace tres siglos el pensamiento humano? ¿Cuál le traduce mejor, cuál expresa, no solo sus manías literarias y escolásticas, sino su vasto, profundo y universal movimiento? ¿Cuál se sobrepone constantemente, sin ruptura, sin vacíos, al género humano, monstruo que anda con mil piés? La arquitectura ó la imprenta? La imprenta.

No hay que hacerse ilusiones: la arquitectura ha muerto para siempre, porque la mata el libro impreso, porque dura menos y es más cara que éste. Cada catedral representa mil millones; imagínese ahora qué depósito de fondos se necesitaria para escribir de nuevo el libro arquitectural, para hacer hormiguar otra vez sobre el suelo millares de edificios, para volver á aquellos tiempos en que era tal la multitud de monumentos, que, según dice un testigo ocular, "parecía que el mundo, removiéndose, habia sacudido sus antiguas vestiduras para cubrirse con un blanco ropaje de iglesia." (Glaber Radulphus).

Un libro se imprime pronto, cuesta poco y anda mucho; ¿cómo extrañar que el pensamiento humano se deslice por esa pendiente? No es esto decir que la arquitectura no construya aun aquí y allá un hermoso monumento ó una obra magistral aislada; es posible que alguna vez, durante el reinado de la imprenta, tengamos alguna columna hecha de cañones (1), como hubo durante el reinado de la arquitectura Iliadas y Romancecos, Mahabahratas y Nibelungos, escritos por todo un pueblo con rapsodias amontonadas y fundidas. Podrá tener el siglo veinte el fenómeno de un arquitecto de génio, como el siglo trece tuvo al Dante; pero la arquitectura no será ya el arte social, el arte colectivo, el arte dominante. El gran poema, el gran edificio, la gran obra de la humanidad, no se edificará, se imprimirá.

Si de hoy en adelante la arquitectura reviviese, no seria ya soberana; tendria que recibir las leyes de la literatura, como ésta las recibia de aquella en otras épocas. Las posiciones respectivas de las dos artes se han trocado. Verdaderamente en los tiempos arquitect-

(1) Alusion á la columna de Vendome, que hizo construir Napoleón I.

tónicos, los poemas, raros entonces, se parecian á los monumentos. En la India, Vyasa es pomposo, singular é impene-trable como una pagoda; en el Oriente egipcio, la poesia tiene, como los edificios, grandeza y tranquilidad de líneas; en la Grecia antigua, la belleza, la serenidad y la calma; en la Europa cristiana, la majestad católica, la fé popular, la rica y lujuriosa vegetacion de una época de renovacion. La Biblia se parece á las Pirámides, la Iliada al Parthenon, Homero á Fidias. El Dante es en el siglo trece la última iglesia bizantina, y Shakespeare, en el siglo diez y seis, es la última catedral gótica.

De modo que, resumiendo lo que hemos dicho hasta aquí de una manera incompleta y truncada, el género humano ha tenido dos libros, dos registros, dos testamentos: la arquitectura y la imprenta, la Biblia de piedra y la Biblia de papel. Cuando se contemplan las dos Biblias, tan abiertas durante los siglos, con tristeza echamos de menos la majestad visible de la escritura de granito, los gigantescos alfabetos, formulados en columnatas, en pirámides, en obeliscos, en esa especie de montañas humanas que cubren el mundo y el pasado, desde la pirámide hasta el campanario, desde Chéops á Strasburgo. Es preciso leer el pasado en esas páginas de mármol, es preciso admirar y hojear continuamente el libro escrito por la arquitectura; pero es preciso tambien concederle toda su grandeza al edificio que á su vez levanta la imprenta.

Este edificio es colosal. No sé qué especulador estadístico ha calculado que, poniendo unos sobre otros todos los volúmenes que ha producido la prensa de Guttenberg, se llenaria el intervalo de la tierra á la luna; pero no es de esta clase de grandeza de la que nos ocupamos ahora. Cuando se trata de formar en el pensamiento una imagen total del conjunto de los productos de la imprenta hasta nuestros dias, este conjunto se nos parece como una inmensa construccion apoyada sobre el mundo entero, en la que la humanidad trabaja sin descanso y cuya cabeza monstruosa se pierde en las brumas profundas del porvenir. La imprenta es el hormiguero de las inteligencias, es la colmena, á la que las imaginaciones, abejas doradas, llegan con su miel. El edificio tiene mil pisos. Aquí y allí se ven desembocar por sus pendientes las cavernas tenebrosas de la ciencia que se cruzan en sus entrañas. Por todas par-

tes, en su superficie, hace brillar el arte á la vista sus arabescos, sus rosetones y sus encajes; allí, cada obra individual, por caprichosa y aislada que aparezca, tiene su sitio y su salida. La armonía resulta del conjunto. Desde la catedral de Shakespeare hasta la mezquita de Byron, mil torreones se apiñan en tropel en aquella metrópoli del pensamiento universal. En su base han escrito los hombres algunos antiguos títulos, que no habia apuntado la arquitectura; á la izquierda de la entrada han sellado el antiguo bajo-relieve en mármol blanco de Homero, á la derecha la Biblia poliglota, levantando su siete cabezas; la Hidra del Romancero se eriza más allá, lo mismo que las formas híbridas de los Vedas y de los Nibelungos. Pero el prodigioso edificio permanece siempre incompleto; la prensa, máquina gigante que aspira sin cesar todo el jugo intelectual de la sociedad, vomita continuamente nuevos materiales para su obra; todo el género humano trabaja para ella; cada espíritu es un albañil; el más humilde tapa un agujero ó pone una piedra. Retif de la Bretonne lleva su capazo de argamasa. Con independencia de la parte original é individual de cada escritor, llegan á la obra contingentes colectivos. El siglo diez y ocho aporta la *Enciclopedia* y la Revolucion el *Moniteur*.

Es tambien una construccion que crece y se amontona en espirales sin fin; en ella hay tambien confusion de lenguas, actividad incesante, infatigable trabajo, concurso persistente de la humanidad entera: es el refugio prometido á la inteligencia para librarse de otro diluvio y de otra irrupcion de bárbaros; es la segunda torre de Babel del género humano.

LIBRO SEXTO

I.

Ojeada imparcial sobre la antigua magistratura.

Fra dichoso personaje en el año de 1482 el noble caballero Roberto de Estonteville, señor de Reine, baron de Ivri y de Saint-Andry en la Marca, consejero y gentil-hombre del rey y guarda del Prebostazgo de Paris. Habian transcurrido ya diez y siete años desde que recibió del rey, en 7 de No-

viembre de 1465, el año del cometa (1), el destino de preboste de Paris, que era considerado más como un señorío que como un empleo; *dignitas*, dice Juan Læmnæus, *quæ cum non exigua potestate politiam concernente, atque prerogativis multis et juribus conjuncta est*. Era extraño que en 1482 admitiese destinos del rey un gentil-hombre cuyos títulos de nobleza se remontaban á la época del matrimonio de la hija natural de Luis XI con el bastardo de Borbon. El mismo dia que Roberto de Estonteville reemplazó á Santiago de Villiers en el Prebostazgo de Paris, maese Juan Danvet reemplazaba al señor Elías de Thorettes en la primera presidencia de la sala del Parlamento, Juan Jouvenel des Ursins sucedia á Pedro de Morvillers en el destino de canceller de Francia, y Regnault des Dormans aligeraba á Pedro Puy del cargo de relator ordinario del Consejo de la real casa. Habian cambiado muchas veces de personaje la Presidencia, la Cancillería y el Maestrazgo desde que Roberto de Estonteville era preboste de Paris. El Prebostazgo se recomendó á su guarda, como decian las credenciales, y ciertamente lo guardaba bien: tan asido le tenia, tan identificado estaba con él, que pudo librarse de la furia de cámbios que poseia Luis XI, rey desconfiado, quisquilloso y activo, que se complacia en probar por medio de instituciones y de revocaciones la elasticidad de su poder: no solo se habia apoderado del Prebostazgo para toda la vida, sino que el digno caballero logró obtener para su hijo que le sucediera en su cargo; y hacia ya dos años que el nombre del caballero Santiago de Estonteville figuraba junto al suyo, á la cabeza del registro del ordinario del Prebostazgo de Paris; raro é insigne fué este favor que alcanzó. Verdad es que Roberto de Estonteville era un buen soldado, que como leal caballero habia enarbolado el pendon contra *La Liga del bien público*, y que regaló á la reina un magnífico ciero en confitura el dia de su entrada en Paris. Contaba además con la amistad de Tristan l' Hermite, preboste de los mariscales de la real casa. Pasaba, pues, dulce y apacible vida el personaje de que nos ocupamos. Cobraba muchos emolumentos, á los que se unian y colgaban, como nuevos racimos de su viña,

(1) Este cometa, por el cual mandó hacer rogativas públicas el papa Calixto, tio de Borgia, es el mismo que volvió á aparecer en 1835.